

ESPAÑA EN LOS MUNDIALES: LA CONSTRUCCIÓN DEL NACIONALFUTBOLISMO

JORDI OSÚA QUINTANA

Doctor en Ciències de l'Esport

INEFC Barcelona (UB)

RESUMEN: Manuel Vázquez Montalbán fue uno de los primeros intelectuales en denunciar la configuración de un nacionalfutbolismo en torno a las actuaciones de la selección española en los Mundiales de fútbol. Desde la narración épica del gol de Zarra por parte de Matías Prats hasta el diseño de un proyecto político basado en los éxitos internacionales del equipo nacional por parte de José María Aznar, el fútbol ha servido para fomentar un patriotismo español y reafirmar la precaria identidad nacional. Pese a que los malos resultados soslayaban la credibilidad de esta concepción del deporte, las cadenas privadas de televisión intentaron resucitarla para asegurarse una buena audiencia.

PALABRAS CLAVE: selección española, Mundial de Fútbol, nacionalfutbolismo, identidad, medios de comunicación.

178

Spain in the World Cup: the construction of nationalfootballism

ABSTRACT: Manuel Vázquez Montalbán was one of the first intellectuals to denounce the configuration of a nationalfootballism around the actions of the Spanish team in the World Cup. From the epic narration of the goal of Zarra by Matías Prats until the design of a political project based on the international successes of the national team by José María Aznar, football has served to foment Spanish patriotism and reaffirm the precarious national identity. Despite the fact that the poor results ignored the credibility of this conception of sport, private television networks tried to resuscitate it to ensure a good audience.

KEYWORDS: Spanish national team, World Cup, nationalfootballism, identity, media.

1. Introducción

El próximo verano se disputará en Rusia la vigesimoprimer edición de la Copa Mundial de Fútbol. La selección española, brillantemente clasificada como primera de su grupo, participará una vez más en esta competición, una cita a la que no falta desde hace 40 años. Una buena oportunidad para reflexionar sobre las connotaciones ideológicas asociadas al éxito o al fracaso de *La Roja* en esta competición internacional.

Uno de los aspectos recurrentes en la obra deportiva de Manuel Vázquez Montalbán es el análisis del nacionalfutbolismo, es decir, de la instrumentalización de la épica futbolística. Las victorias del combinado nacional han sido utilizadas para fomentar el sentimiento patriótico destacando el «hecho diferencial español». Aunque existían algunos precedentes históricos, esta estrategia ideológica se desarrolló durante el franquismo.

Con la ayuda primero de la radio y después de la televisión, el Régimen construyó y alimentó un mito en torno a la selección nacional que no se correspondía con el nivel técnico del fútbol español. Si un comentarista futbolístico mereció ser considerado como el artífice y el máximo exponente de la creación de una corriente épica asociada a los partidos de la selección, ese fue Matías Prats. Esta desproporción entre las expectativas creadas por los medios de comunicación y la realidad, propia del nacionalfutbolismo, generó una gran frustración entre el público. Pero también propició la elaboración de un discurso autocompasivo para justificar los fracasos, atribuyendo a causas externas los malos resultados.

Al inicio de la transición se mantuvo este «espíritu patriótico». La precaria situación de la democracia española necesitaba una buena actuación de la selección en el Mundial de España (1982) para apuntalar la frágil estabilidad del país. El gobierno de la UCD intentó desviar la atención respecto a la delicada coyuntura política a través del fútbol y utilizó las imágenes del Mundial con finalidades electorales.

La creación del Estado de las Autonomías planteaba algunas incógnitas sobre la evolución de este sentimiento nacionalista español una vez alcanzado el reconocimiento explícito de las diferentes identidades territoriales. Por este motivo, la procedencia de los jugadores de la selección nacional se convirtió en una cuestión relevante. Durante los gobiernos socialistas, se recurrió a la imagen de Butragueño, el goleador de la selección en el Mundial de México (1986), durante una campaña electoral.

La crisis económica posterior a los fastos de 1992 comportó una reactivación del patriotismo español característico del franquismo. Sin embargo, la recuperación de la esencia nacionalfutbolística se desarrolló durante la segunda legislatura de José M^a Aznar (2000-2004). El presidente popular implementó un proyecto político que consistía en vehicular el imaginario triunfalista español a través de los éxitos futbolísticos de la selección. Desde la etapa franquista, no se había producido una intromisión tan explícita de un gobernante en el fútbol. Sin embargo, la imposibilidad de superar la barrera de

los cuartos de final propició un pesimismo épico y una crisis identitaria. Tras cincuenta años de nacionalfutbolismo, este mantenía sus señas de identidad: una expectativa desproporcionada, un desencanto épico y un victimismo acrítico.

2. La furia española

La primera gran actuación de la selección española a nivel internacional tuvo lugar en los Juegos Olímpicos de Amberes (1920) donde logró un meritorio segundo puesto. Aparte del resultado, esta gesta futbolística pasó a la historia del fútbol español por el gol de Belauste tras pedir el balón al grito de «A mí, Sabino, que lo arrollo». Esta demostración de fuerza dio lugar al nacimiento de un concepto que hizo fortuna: la «furia española».

La «furia» constituía un revulsivo psicológico que apelaba al amor propio latino, al orgullo celtibérico y al favor divino. Este impulso emocional ayudaba a compensar las carencias técnicas y tácticas de los jugadores españoles ante los equipos extranjeros. Así fue como se consiguieron algunas victorias contrarias a la lógica futbolística. Pero cuando el fútbol penetró en el campo de una estricta exigencia técnica, física y táctica, la llamada «furia española» quedó reducida a una mera anécdota y a un simple recuerdo¹.

Además de la apelación a este sentimiento étnico, alrededor de la selección española se creó una conciencia unitaria en un país dividido entre la periferia y el centro. La identificación del pueblo español con el equipo nacional surgió a raíz de la eliminatoria de cuartos de final contra la selección anfitriona en el Mundial de Italia (1934). La incertidumbre del resultado –acabó con un empate que ni siquiera las prórrogas consiguieron deshacer– y la posterior repetición del partido generaron una expectativa multitudinaria jamás vista en España:

«Muchísima gente que nunca había asistido a un partido de fútbol siguió, con atención sostenida, las incidencias radiadas del encuentro y comentaron aquel España-Italia en el seno familiar, en su lugar de trabajo o en los centros públicos; el fútbol había pasado ya a ser un acontecimiento nacional. El deporte logró unir, durante algunas semanas, a todo un país que se hallaba singularmente

¹ 100 años de deporte: del esfuerzo individual al espectáculo de masas (vol. I). Barcelona: Difusora Internacional, 1973, p. 215.

fraccionado por las diversas tendencias políticas que, en 1934, acusaba España».²

Pero no solo la emotividad del partido contribuyó a la gestación de este sentimiento nacional. El dictador Benito Mussolini pretendía aprovechar la victoria en el campeonato para demostrar el perfecto funcionamiento de su régimen. La evidencia de esta presión política, ejemplificada en la actuación del árbitro suizo René Mercet contraria a los intereses españoles, provocó la primera reacción patriótica del público español y suscitó un recibimiento heroico a los jugadores:

«Con motivo del Campeonato del Mundo de Fútbol de 1934, celebrado en Roma, la increíblemente parcial actuación de los árbitros a favor de Italia, desencadenó la primera identificación real entre la masa española y su selección nacional. Hasta entonces los públicos estaban identificados más con sus equipos locales o con las selecciones regionales que con la selección nacional. Pero la injusticia teñida de colores fascistas despertó la conciencia pública y el recibimiento tributado a la selección española a su vuelta de Italia fue digno del regreso de César tras la conquista de las Galias»³.

181

Los dirigentes franquistas tomaron buena nota del sentimiento patriótico que la épica futbolística de la selección nacional había despertado entre el público español. No obstante, hubo que esperar unos cuantos años para que el combinado nacional volviera a captar la atención de un público muy castigado por la miseria derivada de la Guerra Civil. La autarquía franquista necesitaba algún éxito internacional para reafirmar la ideología del hecho diferencial español. Como un maná caído del cielo, el papel de la selección en el Mundial de Brasil (1950), un cuarto puesto tras derrotar a Inglaterra en los cuartos de final, colmó todas las expectativas del régimen. Una victoria que, además de un valor futbolístico, tenía un significado político: la derrota de uno de los enemigos históricos de la nación española, la Pérfida Albión⁴.

² *Ibidem*, p. 221.

³ *Ibidem*, p. 109.

⁴ Este término peyorativo fue utilizado por el presidente de la Real Federación Española de Fútbol, Armando Muñoz Calero, tras el triunfo de España ante Inglaterra en Maracaná, en unas declaraciones realizadas ante el micrófono de Matías Prats (Radio Nacional de España). Según Julián García Candau, sus palabras fueron «hemos vencido a la Pérfida

Este magnífico resultado, la mejor clasificación en un Mundial conseguida hasta el momento, ofreció una alta rentabilidad política tanto a nivel nacional como internacional. Unos meses después se proyectó en todo el territorio español un documental titulado «La verdad», sobre la gesta de la selección española. Además, el equipo español realizó una gira por Sudamérica cargada de una intencionalidad diplomática⁵.

Manuel Vázquez Montalbán atribuye a Matías Prats el mérito de la alienación del pueblo español a través del fútbol, encandilado con los resultados de la selección nacional. Sus apasionadas y patrióticas retransmisiones posibilitaron el nacimiento y la construcción de una épica futbolística española:

«Pero sin épica no es posible la vida, y si no hay épica, hay que inventarla. Allí estaba el inventor, tras sus gafas oscuras, con el acento andaluz encerrado en la camarilla que hay debajo de la lengua, con voz de barítono, con bigotillo de director general. El inventor de la principal corriente épica nacional se llamaba Matías Prats»⁶.

182

Matías Prats ensalzaba las cualidades de los futbolistas españoles y gritaba con fuerza cuando España marcaba un gol. Las emociones que transmitía convencían al público de la superioridad del juego del combinado nacional. Al finalizar el partido nadie entendía cómo había sido posible la derrota. Esta percepción desproporcionada del valor futbolístico de la selección española facilitó su instrumentalización política por parte del franquismo.

En este sentido, Montalbán considera a este locutor el inventor de un lenguaje radiofónico-futbolístico-nacional-sindicalista al servicio del Régimen. Sus epopeyas alimentaron un sentimiento patriótico alrededor del equipo nacional que alcanzó su cénit en el Mundial carioca. El momento álgido de la trayectoria radiofónica de Prats, guardado para siempre en la memoria de los españoles, fue la narración del gol conseguido por Zarra ante Inglaterra. Un tanto que clasificaba a España para las semifinales:

Albión» y su mensaje iba dirigido al «mejor caudillo del mundo». Julián GARCÍA CANDAU. «España ya no juega contra Inglaterra por Gibraltar». Consultado el 5 de diciembre de 2012 en <http://mas.levante-emv.com/canales/valenciacf/opinion/195-garcia-candau/1639-espana-ya-no-juega-contra-inglaterra-por-gibraltar-.html>.

⁵ «Casi todo en tecnicolor» en *Triunfo*, núm. 381, 20 de septiembre 1999, p. 33.

⁶ *Ibidem*, p. 32.

«Cuando Zarra e Igoa consiguieron marcar el gol casi juntos, Matías Prats gritó como hubiera gritado el adolescente grumete de la nave almirante de la Invencible, si la Invencible no hubiera sido diezmada por las tempestades y por la flota inglesa. Aquel ¡GOL! de Matías Prats es el punto de origen del CONTAMOS CONTIGO, del desarrollo del turismo, del triunfo de Massiel en la Eurovisión, del trasvase del Tajo y el Segura, de las autopistas de peaje, del VII Plan de Desarrollo...»⁷.

A tenor de la carga heroica y patriótica contenida en la retransmisión del periodista cordobés, Vázquez Montalbán interpreta la locución de este gol como un hito en la Historia de España. Un acontecimiento que se sitúa por encima del «A mí, Sabino, que los arrollo» de Belauste en los Juegos de Amberes (1920) y que solo es superado por el «tierra a la vista» de Rodrigo de Triana⁸.

De todas formas, el principal responsable de la manipulación política de la victoria frente a Inglaterra en 1950 no fue dicho periodista. Su grito era el eco de tantas otras voces que sumidas en una situación social complicada necesitaban encontrar un sentido. Pero el Régimen se encargó de uniformizar el significado de esta expresión de júbilo:

«Y todos gritaron. Todos gritaron con Matías Prats. Y cada uno quería decir algo muy diferente con su grito. Pero el poder se quedó con todos los gritos y los metió en la urna de nuestra unidad de destino en lo universal»⁹.

Vázquez Montalbán considera este triunfo frente a Inglaterra, la primera victoria importante ante el país anglosajón en los últimos 500 años, teñido de épica patriótica, como el inicio de la politización del fútbol español. A partir de este éxito internacional, el público dejó de ver este deporte como un simple medio de comunicación humana para contemplarlo como un instrumento de afirmación nacional¹⁰.

⁷ *Ibidem*, p. 33.

⁸ *Ibidem*.

⁹ «Gol, gol, gol, gol, gol, gol» en *Triunfo*, núm. 774, 10 de diciembre de 1977, p. 20.

¹⁰ «La selección nacional de fútbol» en *Bocaccio*, núm. 13, enero de 1972, p. 10 y 13.

3. La victoria moral

Pese a la existencia de un público predispuesto a acoger los éxitos futbolísticos internacionales como victorias patrióticas, la selección no consiguió clasificarse para los Mundiales de Suiza (1954) y de Suecia (1958). Veinte años después del Mundial de Brasil, los medios de comunicación aún intentaban mantener vivo el mito de la grandeza del fútbol español, culpando a terceras personas de estos fracasos. El combinado nacional tampoco logró clasificarse para el Mundial de México (1970), algo relativamente habitual en las últimas dos décadas. Sin embargo, los diarios y revistas especializadas redoblaban sus esfuerzos para convencer a los aficionados de lo «sorprendente» que resultaba esta ausencia.

Cansado del engaño que suponía para el público la exaltación nacionalista de una selección sin ninguna victoria importante hasta el momento, Vázquez Montalbán escribe un artículo para aclarar los verdaderos motivos de la no participación en el Campeonato del Mundo. En primer lugar, denuncia la trampa oculta tras el titular periodístico «la gran ausente». Una expresión destinada a presentar la no participación de la selección en la cita mundialista como algo extraordinario cuando, en realidad, los resultados del fútbol español en dicho torneo a lo largo de la historia habían sido bastante discretos. Por eso, repasa las actuaciones internacionales de la selección para demostrar que, pese al mito de la furia española, en fútbol «*nunca hemos arrollado a nadie*»¹¹.

Todavía resultó más increíble el comentario de otra publicación que se hacía eco del supuesto disgusto e incomprensión del público mexicano ante la ausencia del combinado nacional. El periodista azteca atribuía la decepción en los dos países a los resultados históricos del equipo:

«Una de las publicaciones especializadas aparecidas en estos días ha razonado así el disgusto que siente el público mexicano por la no participación de España en los campeonatos:

“La selección española, como saben todos los aficionados, no estará presente en Méjico (se escribe México, por cierto). Para el pú-

¹¹ «España y los Mundiales. La gran farsa de nuestro fútbol.» en *Triunfo*, núm. 419, 13 de junio de 1970, p. 16.

blico azteca –y ya no digamos para el nuestro– ha sido una gran decepción. Por dos razones: por prestigio y por historia”»¹².

Una afirmación sorprendente, ya que la selección no había conseguido prácticamente ningún éxito remarcable. La cuarta plaza obtenida en el Mundial de Brasil podía explicarse por la ausencia de algunas de las selecciones más importantes –Argentina, Italia, Alemania– y porque Inglaterra presentó a un equipo debilitado a causa de la posguerra. En el siguiente campeonato, España tuvo que apearse de la fase final por culpa de un sorteo. Cuatro años después, no se logró la clasificación en un grupo sencillo junto a Escocia y Suiza. En 1962 únicamente se pudo llegar a la fase final gracias a la ayuda de Di Stéfano. Y, finalmente, en el Mundial de Inglaterra (1966) se hizo patente el valor más político que deportivo de la victoria en la Eurocopa de España (1964):

«Esta tierra de castillos en el aire se ha inventado el mito del fútbol español. Frente a esta referencia de la ridícula participación de España en los Campeonatos Mundiales, solo hay que oponerle la victoria de la selección nacional en la Copa de Europa de 1964. Una victoria conseguida en España, en un desafortunado ambiente político-deportivo y con base real tan efímera como la que evidenció el fracaso en el mundial de 1966»¹³.

185

El periodista barcelonés responsabiliza de estos fracasos al insuficiente nivel futbolístico de los jugadores españoles. Una situación atribuible a la deficiente política deportiva del país. Asimismo, recuerda que los éxitos internacionales de los clubes han sido consecuencia de la llegada a España de grandes jugadores extranjeros:

«Solo a costa de la alienación popular compartida, solo a costa de esa magnitud artificial de los estadios llenos, de la épica para estar por casa, de ídolos no competitivos a nivel internacional, de orquestación político-futbolística, solo a costa de estas propuestas falseadas ha sido posible la construcción de un mito estable, que nos obliga a tomar considerable distancia para descubrir su grotesca no existencia»¹⁴.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*, p. 18.

¹⁴ *Ibidem*, p. 19.

La contratación de Ladislao Kubala como seleccionador nacional en 1969 supuso, en un primer momento, una mejora en el rendimiento del equipo, ahora sí, ante selecciones más potentes. Los medios de comunicación bautizaron a este grupo de jugadores como los «Kubala Boys» y no desperdiciaron la oportunidad de recuperar la épica de la selección española en medio de algunas voces pesimistas:

«La profunda corriente noventayochista no acaba de creérselo. Duele prescindir de los planteamientos masoquistas. La corriente no menos triunfalista está exultante y desempolva el lenguaje de Rubén Darío y Ernesto Giménez Caballero para estar a la altura de las gestas de la selección»¹⁵.

Pese al fortalecimiento del orgullo nacional generado por los triunfos de los «Kubala Boys», Montalbán recuerda a los dirigentes españoles que, cuando no se gana, las selecciones pierden su público. Por eso, recomienda cultivar el patriotismo alrededor de otro tipo de actividades¹⁶.

186

Por otro lado, la exaltación patriótica de la selección española de fútbol obligaba a mantener unas expectativas demasiado elevadas sobre un equipo que no estaba preparado para competir con las mejores selecciones. En este sentido, Vázquez Montalbán sugiere a la Delegación Nacional de Deportes desarrollar también un trabajo pedagógico para educar al público español respecto al sentido del deporte. Esta formación futbolística facilitaría que los seguidores comprendieran el porqué de las derrotas de una selección inferior a las demás¹⁷.

En un informe dedicado a analizar, con datos objetivos, la situación del fútbol español, Vázquez Montalbán insiste, una vez más, en desmitificar el glorioso pasado de la selección española. Repasa los resultados obtenidos en las distintas competiciones internacionales y muestra en qué circunstancias se lograron¹⁸.

Tras la derrota frente a Yugoslavia, España volvía a quedar fuera de un Mundial, ahora el de Alemania (1974). El nacionalfutbolismo volvió a causar un gran perjuicio. La desproporción entre la expec-

¹⁵ «Los Kubala Boys» en *Triunfo*, núm. 459, 20 de marzo de 1971, p. 26.

¹⁶ *Ibidem*, p. 27.

¹⁷ «La selección nacional de fútbol.» en *op. cit.*, p. 13.

¹⁸ «Informe sobre el fútbol» en *Bocaccio*, núm. 21, septiembre de 1972, p. 102.

tativa mediática y la realidad generaba una gran frustración en los aficionados:

«A la vista de cómo se desarrolló el partido de Fráncfort entre España y Yugoslavia, pierde sentido la tradicional opción deportiva entre el ganar o el competir. Lo importante, está visto, es no hacer el ridículo. El ridículo es el resultado de una desproporción entre lo que se presumía y lo que es evidente»¹⁹.

La esperanzadora nueva etapa inaugurada con la llegada de Kubala y el rejuvenecimiento del equipo finalizaba como un capítulo más en la lista de fracasos de la selección española. El periodista barcelonés se mostró crítico con el mantenimiento en el cargo del seleccionador nacional. En su opinión, esta incomprensible decisión solo podía atribuirse a una política federativa basada en el amiguismo propio de los tiempos del franquismo²⁰.

Pero no hay mal que cien años dure y la selección española consiguió clasificarse para la fase final del Mundial de Argentina (1978) superando –esta vez sí– a Yugoslavia gracias al acierto de Rubén Cano. Otro gol histórico para el futuro de la épica nacional. Si el logro por Zarra en 1950 significaba la «demostración de que el franquismo era muy superior a las decadentes democracias occidentales», el marcado por Cano derrotaba «la soberbia yugoslava y comunista»²¹.

El futuro de Pablo Porta, presidente de la Real Federación Española de Fútbol, también dependía de este resultado. Una derrota en el «pequeño Maracaná» hubiese generado una ola de desencanto colectivo que facilitaría la caída del «búnker futbolístico» y arrastraría a su vez al gobierno de Suárez poniendo en peligro los Pactos de la Moncloa. Para Vázquez Montalbán, partidario de la ruptura con el pasado franquista, el gol de Cano suponía «objetivamente otro pacto de tomo y lomo»²².

Rendido ante la evidencia, Vázquez Montalbán recurre a la ironía y considera que este gol podía ser más útil que el de Zarra. En plena dictadura, la propaganda franquista presentó la victoria frente a

¹⁹ «Lo importante es no hacer el ridículo» en *Triunfo*, núm. 595, 23 de febrero de 1974, p. 11.

²⁰ «Productos y derivados de: Kubala» en *Por Favor*, núm. 147, 25 de abril de 1977, p. 7.

²¹ «Productos y derivados de: ¡Goooooooool!» en *Por Favor*, núm. 180, 12 de diciembre de 1977, p. 7.

²² «El partido de las leches» en *Por Favor*, núm. 180, 12 de diciembre de 1977, p. 7.

Inglaterra como la confirmación de la salida del bloqueo y de la miseria de posguerra. Ahora, el gobierno de la UCD gozaba de una oportunidad inmejorable de disipar las dudas sobre la cuestión de la identidad nacional. Sin embargo, este triunfo tenía un carácter ambivalente. Por un lado, la consecución del gol por parte de un oriundo deslucía la reivindicación del hecho diferencial español, pero, por otro, ofrecía una nueva oportunidad para ampliar el imaginario de la hispanidad a toda Sudamérica y celebrar la derrota de un país comunista:

«Lástima que el gol no lo haya marcado un aborigen químicamente puro y que los argentinos puedan reclamar cierta paternidad en nuestra clasificación, pero lo negativo puede hacerse positivo desde la óptica de la hispanidad, tan reforzada últimamente por los viajes de Su Majestad el Rey, de Suárez y de Marcelino Oreja. No hay que desdeñar tampoco que la victoria se obtuvo a costa de países comunistas»²³.

Casi treinta años después del gol de Zarra radiado por Matías Prats, se apreciaba un cambio en la construcción del sentimiento nacionalista por parte de los medios de comunicación españoles. Además, el posterior análisis del partido, pese al estallido de euforia en toda la geografía española, no resultó en absoluto mitificador ni patriótico, exceptuando las declaraciones sobre el resultado de dos mujeres entrevistadas:

«Hay que decir, en honor a la verdad, que Radiotelevisión Española dio un tono desdramatizador al asunto, le quitó epopeya a la cosa, como se corresponde al tono de un aparato de Estado democrático, deseoso de perder viejas imágenes e inútiles recorridos por el gol hacia el Imperio y por el Imperio hacia Dios. Pero, a pesar de la buena voluntad de RTVE, no pudo ocultar la realidad psicológica del país, reflejada en dos de las mujeres que opinaron sobre el resultado ante las cámaras de la invicta RTVE. Una señora gritó “¡Viva España!” Y otra le dijo a la locutora “¡Oye, macha, que todos somos españoles!”»²⁴.

²³ «Gol, gol, gol, gol, gol, gol» en *op. cit.*, p. 20.

²⁴ *Ibidem*.

Durante la fase final del Mundial de Argentina se produjo el inexplicable gol fallado por Cardeñosa. En el partido frente a la selección carioca, donde España se jugaba sus posibilidades de clasificación para la segunda fase, el delantero estrelló el balón contra un defensa cuando disponía de toda la portería para marcar. Al no hallar ninguna justificación técnica a este error, Vázquez Montalbán decide atribuirlo, cínicamente, a un «patriotismo por omisión». La victoria española podía originar un conflicto con Brasil que desestabilizase al gobierno y pusiese en peligro la transición democrática. Además, esta jugada reflejaba el talante español del «quiero y no puedo». Un engaño más para un país acostumbrado a quedarse siempre a medias:

«Pues precisamente por eso, porque no hubo gol de Cardeñosa. Y si se atiende a un riguroso examen visual de la situación global de este país, uno descubre que el gol de Cardeñosa es un gol como una casa porque estuvo a punto de producirse y no se produjo. Una demostración más de la prudencia del coito interrumpido, deporte nacional con más antigüedad que el juego de los bolos»²⁵.

A la vista del juego exhibido frente a Uruguay y Austria, Montalbán ya había pronosticado que España no tenía prácticamente ninguna posibilidad de ganar a Brasil. Así que manifestaba su esperanza ante la posible dimisión de Pablo Porta y el inicio de la «desbunkerización» federativa, una vez consumado el fracaso mundialista. En caso de producirse una victoria, serviría para recuperar el orgullo español²⁶.

Matías Prats regresó a la pequeña pantalla como colaborador en la retransmisión de los partidos del Mundial. Durante una de sus intervenciones, acuñó un nuevo concepto futbolístico muy apropiado para un país que siempre está a punto de conseguir algo pero se queda a medio camino. El empate sin goles frente a Brasil dejaba prácticamente sin opciones de clasificación a la selección española. Pero este gran periodista, dispuesto a salir al rescate de la patria en cualquier momento, transformó este pésimo resultado en una «victoria moral». Un nuevo criterio futbolístico, la irrelevancia de marcar goles para ganar, que convertía a España en un equipo invencible:

²⁵ «El gol de Cardeñosa» en *Mundo Diario*, 10 de junio de 1978, p. 3.

²⁶ «Si ganamos a Brasil será una prueba más de que estos son los pies de España y no los de Pelé». «Que jueguen a fútbol ellos» en *Por Favor*, núm. 205, 12 de junio de 1978, p. 7.

«Matías Prats, ese gran creador del lenguaje futbolístico, se asomaba de vez en cuando a las cámaras de televisión en plan de voz en off, el tío. Y se asomaba para crear lenguaje, que es lo suyo. El hombre conoce la historia del país y sabe que el único consuelo per in secula seculorum es el de que España siempre está a punto de ganar, pero no gana nunca. Pues bien, Prats encontró un nombre para la cosa mantecosa esa: victoria moral. “Una vez más se demuestra esa constante española que es la victoria moral”. Por lo visto en los campeonatos del mundo, si al hecho de no poder meter goles ni por casualidad se le llama victoria moral, pues bueno, somos invencibles»²⁷.

Tras la confirmación del flojo papel de la selección española, el periodista barcelonés planteaba, humorísticamente, la conveniencia de haber pactado previamente una «no clasificación honrosa» con las selecciones de nuestro grupo. Así, al menos, se hubiese podido evitar un nuevo desastre épico²⁸. El público español, desencantado con la larga lista de fracasos de la selección, acogió la eliminación en la fase previa de la competición con total indiferencia. Una prueba más de los límites de la politización del deporte cuando no acompañan los resultados²⁹.

Sin embargo, las reacciones del seleccionador español y del presidente de la Federación no permitían ser demasiado optimistas. Pese al ridículo realizado, tanto Kubala como Porta estaban satisfechos con el juego de la selección. Desgraciadamente, cabía esperar su continuidad en el cargo durante muchos años³⁰. De todas formas, la indiferencia mostrada por el público español ante el mal resultado de la selección se convertía en el peor castigo para la Federación. Un síntoma, no solo de su fracaso deportivo, sino también político:

«Muy cerca tenemos otra prueba de la vinculación política-deporte. Al frente del fútbol español figura una burocracia bunkerizada heredera de las intencionalidades franquistas. Su fracaso deportivo ha sido estrepitoso. Su fracaso político también»³¹.

²⁷ «Matías Prats ataca de nuevo» en *Por Favor*, núm. 206, 19 de junio de 1978, p. 6.

²⁸ «Lo esperado: No ganamos por poco y perdimos por poco» en *Por Favor*, núm. 206, 19 de junio de 1978, p. 7.

²⁹ «Fútbol y política» en *Mundo Obrero*, 22 de junio de 1978, p. 2.

³⁰ «Lo esperado: No ganamos por poco y perdimos por poco» en *op. cit.*, p. 7.

³¹ «Fútbol y política» en *op. cit.*, p. 2.

4. El reto de España 82

El Mundial celebrado en España (1982) se presentaba como una oportunidad para recuperar el interés del público. Nada mejor que una victoria frente a Inglaterra, aunque fuese en un partido intrascendente, para rescatar el orgullo nacional perdido. Pese a la ausencia de algún catalán, la diversidad regional de los jugadores que habían intervenido en los goles convertía este triunfo en una metáfora del nuevo Estado democrático. El patriotismo español llegaba a tiempo a su Mundial:

«Horas después de que Calvo-Sotelo le pidiera a Garaikoetxea que le echara una mano en la configuración de la unidad de España, Satrústegui y Zamora, jugadores de la Real Sociedad de San Sebastián, goleaban a la Pérfida Albión y así lograban una de las más brillantes hazañas del deporte español. Los goles de Satrústegui y Zamora fueron conseguidos a partir de jugadas en las que intervinieron Marcos (santanderino) y Juanito (malagueño), ambos integrados en equipos de la capital de España. En esta orgía unitaria solo faltaba la presencia de algún jugador catalán. Siquiera un jugador de fútbol de los que trabajan y viven en Cataluña»³².

191

Cuando faltaba menos de un año para el inicio de la competición parecía que el acontecimiento no despertaba excesivo entusiasmo entre los aficionados. Vázquez Montalbán interpreta la recuperación del fútbol televisado por parte del gobierno como una estrategia para fomentar el interés del público español y evitar, así, el fracaso no solo deportivo, sino también económico:

«Ha vuelto el fútbol televisado y es público y notorio que ha vuelto porque los políticos deportivos del país estaban preocupados ante el clima general de desinterés que rodea los preparativos de los campeonatos mundiales de fútbol. El juego de la selección española no entusiasma ni a los parientes más directos de los seleccionados y el público poco o nada espera de la selección. Los escándalos del año anterior sobre los que se ha puesto la manta del tiempo, tampoco ayudan a que el personal se tome en serio el espectáculo. Ante la evidencia se ha recurrido otra vez a Televisión Española

³² «La Pérfida Albión» en *La Calle*, núm. 158, 31 de marzo de 1981, p. 22.

para que promocióne el espectáculo, para que vuelva a meterlo en los hogares de los españoles»³³.

No obstante, el juego de la selección española durante los encuentros preparatorios no se correspondía con la promoción televisiva realizada por el gobierno. Para que no cundiera el desánimo entre la afición, el periodista barcelonés propuso que se emitieran las peripecias de Benny Hill en la misma franja horaria que los partidos del equipo nacional y así poder cambiar de canal³⁴.

Además de fomentar el interés por el fútbol, en general, y por el Mundial, en particular, a través de los medios de comunicación, también se trató de crear un clima patriótico entre el público. La euforia nacional desatada durante los partidos de preparación resultaba un tanto desmedida, especialmente si se trataba de un rival tan débil como Luxemburgo. Aun así, Vázquez Montalbán se muestra dispuesto a aceptar este reforzamiento de la identidad nacional siempre que ayude a mantener una estabilidad política amenazada por el ataque de los nostálgicos del franquismo:

192

«Había un evidente desfase entre la cantidad de banderas y el hecho que las convocaba. Porque pase el exceso banderístico cuando hay que empujar a la patria contra una gran potencia, pero empujar a la patria contra un ducado de opereta, contra una selección nacional en la que un 80 por ciento de sus componentes son amateurs en el más riguroso de los sentidos, me parece una pasada. Pero bueno, me dijo, estamos en unos tiempos de susceptibilidades patrióticas y la tele siempre que puede nos banderiza para tranquilidad de los Tejero que hay dentro y de los Tejero que hay fuera. Todo sea por la consolidación de la democracia»³⁵.

Los años de la transición democrática fueron políticamente difíciles porque en cualquier momento se esperaba un golpe de Estado por parte de los nostálgicos del franquismo. Montalbán planteaba el fracaso de la selección nacional como una de las excusas que provocaría esta intervención militar. Los partidarios de Franco ape­larían a los logros internacionales «ficticios» alcanzados durante su mandato para justificar su acción:

³³ «El retorno del fútbol» en *El Periódico*, 22 de septiembre de 1981, p. 39.

³⁴ «Contra el tedio» en *El Periódico*, 17 de octubre de 1981, p. 37.

³⁵ «Vicios menores» en *La Calle*, núm. 187. 20 de octubre 1981, p. 15.

*«La crítica especializada vaticina un fracaso en el Mundial y el franquismo sociológico aguarda agazapado porque con Franco fuimos cuartos en los Campeonatos del mundo de 1950 (en pleno bloqueo) y campeones de Europa en 1964 (poco después del con-
tubernio de Múnich). Y como el franquismo latente se ponga a considerar va a dar con una razón más para el golpe. Yo de Calvo-Sotelo temería más un fracaso en el Mundial de 1982 que el juicio contra los del 23 de febrero»³⁶.*

Otra de las estrategias televisivas empleadas para avivar el sentimiento futbolístico entre los aficionados consistió en incluir imágenes de los goles marcados en las otras ligas europeas dentro de los programas deportivos. Una medida que podía resultar contraproducente y aumentar el complejo de inferioridad patriótico después de comprobar el pobre nivel del fútbol español³⁷.

Los aficionados españoles estaban más pendientes de las declaraciones de los presidentes del Atlético de Madrid, Alfonso Cabeza, o del Sevilla, Eugenio Montes Cabeza, o de los conflictos entre el presidente de la Federación, Pablo Porta, y del jefe de los árbitros, José Plaza, que de la situación del país. Preocupado por el desvío de la atención mediática hacia el fútbol, Vázquez Montalbán insiste, una vez más, en el vínculo existente entre el éxito del Mundial y la estabilidad política en España³⁸.

Unos meses antes de dar comienzo la competición, el periodista barcelonés advierte sobre la importancia política de la actuación del equipo nacional para prevenir la aparición de reivindicaciones franquistas después del campeonato. En una de las parodias literarias de la serie «Bestiario», pone en boca del dirigente comunista Santiago Carrillo la explicitación de este miedo³⁹.

La celebración del Mundial, no solo propició una intervención política para conseguir un pacto de no agresión entre las instituciones deportivas o entre los principales dirigentes de los partidos para evitar «ruidos innecesarios». También se procuró el silenciamiento de algunas voces críticas, como la de José M^a García, con los dirigen-

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ «Fútbol» en *El Periódico*, 4 de noviembre de 1981, p. 39.

³⁸ «Fútbol y golpes» en *La Calle*, núm. 196, 24 de diciembre de 1981, p. 19.

³⁹ «Bestiario» en *Triunfo*, núm. 16, 1 de febrero de 1982, p. 25-26.

tes del fútbol español, la selección española o la organización del evento⁴⁰.

Dos semanas antes de ceremonia inaugural, algunos miembros del gobierno español, como Rodolfo Martín Villa, buscaban la publicidad de las cámaras, relegando a un segundo plano a otros dirigentes deportivos o políticos, como Raimundo Saporta o Jordi Pujol:

«Atención a las cámaras de TVE. De momento el señor Martín Villa ya ha conseguido que ni Pujol ni Saporta chupen cámara en la ceremonia inaugural»⁴¹.

Por otro lado, la cercanía de unas nuevas elecciones democráticas convertía esta competición futbolística en una oportunidad idónea para obtener un rédito electoral. La organización de este evento y las victorias de la selección serían presentadas ante la opinión pública como un éxito del gobierno:

«Así como hay serias sospechas de que el gol de Zarra a Inglaterra en 1950 lo marcó Matías Prats, en las próximas semanas los goles de España va a tratar de marcarlos UCD»⁴².

194

A pocos días de iniciarse el campeonato, Montalbán expresa su preocupación por las consecuencias políticas, en caso de victoria de la selección española. El resurgimiento del sentimiento nacionalista podía generar el equívoco de que todos los problemas del país se habían resuelto:

«Si gana España, prepárense. España no ha ganado una batalla internacional importante desde la de Bailén y ganar un Mundial de fútbol no solo consolidaría la democracia, sino que eliminaría de raíz la pertinaz sequía»⁴³.

Algunos comentaristas no vieron con buenos ojos el excesivo espacio televisivo ocupado por el Mundial. El escritor valora positivamente un despliegue mediático que al menos mantenía distraídos durante unos días a los enemigos de la democracia española:

⁴⁰ «Mal fútbol televisivo» en *El Periódico*, 4 de febrero de 1982, p. 39.

⁴¹ «La imagen del Mundial» en *El Periódico*, 24 de mayo de 1982, p. 31.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ «Esperando el Mundial» en *El Periódico*, 1 de junio de 1982, p. 35.

«A aceptar el Mundial y que gane el mejor. Además, no hay mal que por bien no venga. Después de lo del juicio del 23-F los aspirantes a golpistas estarán pendientes del Mundial. La democracia está consolidada al menos hasta el 18 de julio»⁴⁴.

Pese a reconocer su importancia mediática, que justificaba tanto la atención de Televisión Española como la suya, criticó la elección de las prioridades informativas. Vázquez Montalbán consideró un error que los telediarios centraran toda su atención en el juego de Maradona y Rummenigge, las dos grandes estrellas de la selección argentina y alemana. Mientras tanto, los conflictos políticos nacionales e internacionales, persistentes una vez concluyese la competición, quedaban abandonados en el olvido. Lamentablemente, los programadores escogían qué realidad querían mostrar seleccionando las imágenes grabadas por las cámaras⁴⁵.

Una gran parte de los medios de comunicación españoles se pusieron al servicio de la estrategia de exaltación patriótica orquestada por el gobierno de la UCD. Incluso llegaron a omitir el flagrante error arbitral en la señalización del penalti, comparable al «guruce-tazo» del Camp Nou, que propició la primera victoria de la selección frente a Yugoslavia. Este triunfo desató un clima de euforia exagerada, ya que ni tan siquiera garantizaba el pase a la segunda fase y, además, se había logrado gracias a un penalti inexistente. Por eso, expresó su temor ante la reacción del público en el caso de un posible triunfo al final del campeonato⁴⁶.

En cambio, Montalbán agradeció que no se montase ninguna campaña mediática de desagravio patriótico tras el lamentable incidente protagonizado por unos aficionados británicos al frotarse los genitales con una bandera española⁴⁷.

Después del flojo papel de la selección, algunos medios, sobre todo radiofónicos y televisivos, se negaban a reconocer las evidentes deficiencias del equipo nacional. Una actitud que resultaba incomprendible y sorprendente. Incluso un periódico franquista como *El Alcázar* admitía la responsabilidad del entrenador, afín a sus principios ideológicos, en el resultado final:

⁴⁴ «Ya están aquí, llegaron ya» en *El Periódico*, 8 de junio de 1982, p. 39.

⁴⁵ «Cuestión de imágenes» en *El Periódico*, 1 de julio de 1982, p. 35.

⁴⁶ «¿Qué pasará si somos campeones?» en *El Periódico*, 22 de junio de 1982, p. 39.

⁴⁷ «La bandera y Manolo Vicent» en *El Periódico*, 8 de julio de 1982, p. 31.

«Tenía razón Alfredo Rueda cuando días atrás, a raíz del partido España-Yugoslavia, me llamaba la atención sobre mi generalizada condena del avestruzismo demostrado por los medios de comunicación españoles ante la evidente maldad de la selección española. Tenía razón porque es cierto que la prensa, y sobre todo la de Barcelona, ha puesto algunos puntos sobre las íes. Yo escribí aquella crónica alucinado por la patriotería barata de cierta cadena radiofónica que la misma noche del España-Yugoslavia se tragó el regalado penalti con un guiño en el ojo.

La prensa ha acentuado sus críticas, la radio se ha dividido en grotescamente patriotería o en constructiva a secas, pero la tele sin enterarse, que es una manera como otra de dar por bueno lo realmente existente. Hasta El Alcázar, a pesar de que Santamaría es de los suyos, ha sabido estar a la altura»⁴⁸.

5. Suspicias autonómicas

La disputa del Mundial de México coincidió con las elecciones generales convocadas para el 22 de junio de 1986. En consecuencia, la atención de los españoles estuvo más centrada en los partidos de la selección española que en las propuestas de los candidatos. La programación de las sesiones parlamentarias previas a la disputa de los partidos reflejaba claramente la voluntad de permanecer en una segunda línea mediática. Algunos lamentaban esta interferencia del fútbol en la política, pero la mayoría disfrutaban con las jugadas de Butragueño o con los disparos de Calderé.

En todo caso, Vázquez Montalbán recomienda a los políticos que no se confíen y estén preparados para intervenir en cualquier momento. Y advierte que si el equipo nacional no consigue superar la primera fase, el público volverá su mirada hacia las elecciones:

«De momento, política a las seis de la tarde y partido de fútbol a las ocho, así programan los altos estados mayores de nuestra política un mes de junio que inevitablemente pasará a la historia. Pero como la colitis vacíe a nuestros tercios de sus mejores y peores aguas, deberá rehacerse el programa del espectáculo y los que eran teloneros pasarán a la condición de la más guapa del baile. No os confiéis, preparad la verborrea y el verbigracia, las camisas viejas y el mocasín amarillo, el currículo y la crème hidrobiologique para

⁴⁸ «TVE sin enterarse» en *El Periódico*, 10 de julio de 1982, p. 31.

políticos con cara reseca o simplemente irritada por la urgencia del afeitado»⁴⁹.

Pese a la consecución del subcampeonato europeo (1984), el segundo mejor resultado internacional después de la victoria conseguida en 1964, en México reapareció el victimismo español que atribuía los fracasos futbolísticos de la selección a terceras personas. Durante el partido ante Brasil, correspondiente a la primera fase, el árbitro anuló un gol legal a Michel tras rebotar el balón en el larguero, traspasar la línea de gol y volver a salir fuera de la portería.

Montalbán entiende que, ante la duda, la decisión del árbitro sea favorable a la selección con mayor prestigio, tal y como sucedía en el fútbol español con los clubes más importantes. Haciendo gala de una fina ironía, recomienda a los jugadores españoles que en la próxima ocasión recuerden al árbitro la pertenencia de España a la OTAN y al Mercado Común. Así podrán ganarse su respeto y evitar aparecer como víctimas de conspiraciones antiespañolas⁵⁰.

El periodista barcelonés también realizó, con cierta ironía, una valoración política de algunas decisiones arbitrales erróneas durante los partidos del Mundial. Concretamente, analizó la repercusión de los dos goles en fuera de juego conseguidos por Bélgica en el partido de octavos de final frente a Rusia que no fueron señalados por el linier español, Sánchez Arminio. Por segunda vez consecutiva, la anterior había sucedido en el Mundial de España (1982), un error de un colegiado español provocaba la eliminación de la selección rusa. De no haber existido este precedente, se podría atribuir esta equivocación a un espíritu antisoviético derivado de la integración de España en la Alianza Atlántica. En cualquier caso, estos agravios requerían una compensación que evitase poner en peligro todos los esfuerzos diplomáticos de Felipe González⁵¹.

En el Mundial de Italia (1990) el equipo español no contó, por primera vez en muchísimos años, con ningún jugador catalán. Este hecho inédito desorientó a Montalbán, pues hasta entonces se había identificado patrióticamente con la selección gracias a la convocatoria de alguno de estos futbolistas. Además, también destacó la escasa representatividad de las autonomías del Estado en el conjunto nacional. Una circunstancia que debía suponer, aparentemente, una difi-

⁴⁹ «Colitis» en *El País*, 2 de junio de 1986, última página.

⁵⁰ «Entró, entró» en *El País*, 5 de junio de 1986, última página.

⁵¹ «La reparación» en *El País*, 19 de junio de 1986, última página.

cultad para la identificación de los aficionados de las comunidades no representadas, tal y como había apuntado respecto a sí mismo y a los barcelonistas. Aunque, en el fondo, el patriotismo de los espectadores dependía más de la victoria del equipo que de su composición:

«Es curioso que esta situación se produzca en el marco del Estado de las autonomías y de recosidos y recuperaciones de señas de identidad. Es más. Si alguna vez una selección española de fútbol ha representado menos la unidad de destino en lo universal es la presente (...). Pero aún con estos factores, es evidente que la selección española de fútbol cumple un papel representativo de un Estado y los españoles desean que juegue bien, que venza porque así participarán por delegación en la admiración que inspiren sus jugadores y en las victorias que obtengan»⁵².

Finalizado el campeonato, Vázquez Montalbán reflexiona sobre las emociones patrióticas generadas alrededor de estas competiciones deportivas. En el caso español, considera que se ha alcanzado un «patriotismo posmoderno» asociado más al sentimiento del público que a la actitud de los jugadores. Los futbolistas estaban menos dispuestos a defender el orgullo de «pueblo escogido» hasta sus últimas consecuencias, ya que su principal preocupación eran las primas o evitar lesionarse⁵³.

También reconoce que, pese a su resistencia inicial a sentirse representado ante la ausencia de jugadores catalanes, acabó implicándose emocionalmente en los partidos de la selección española. Por este motivo se pregunta, asustado, si este seguimiento le convierte en un patriota. Un peligro que queda descartado si se mantiene la distancia crítica necesaria para obviar la identificación del equipo español con un ejército conquistador:

«A pesar de que soy autonómico, autonomista, periférico, mestizo, charnego, en fin, lo más centrífugo habido y por haber, me sorprendí a mí mismo lanzando córneres en ayuda de Martín Vázquez, o protegiendo la pelota y cultivando el penalti como solo sabe hacerlo Butragueño o cortando el juego como Roberto o amasando las pelotas como Zubi. Y cerré el televisor con la frente perlada de sudor frío. ¿Sería yo un patriota?»

⁵² «¿Pero, dónde están los jugadores catalanes?» en *El País*, 23 de junio de 1990, p. 26.

⁵³ «En torno al patriotismo» en *Interviú*, núm. 736, 18 de julio de 1990, p. 146.

Gentes del lugar, contemplad los partidos del Mundial, pero tratad de mantener las distancias críticas (...), resistamos todos la tentación de suponer que la selección nacional de fútbol son los Tercios de Flandes»⁵⁴.

Uno de los aspectos más sorprendentes en el Mundial transalpino fueron las continuas súplicas a la divinidad, por parte de las distintas selecciones, para que les ayudase a alcanzar los triunfos futbolísticos. En este contexto religioso, Vázquez Montalbán propuso recurrir a la ausencia de un sacerdote en la selección española para explicar los resultados del equipo. Un argumento «extraño» que permite no reconocer las propias limitaciones y salvar el orgullo del país. Así, la causa del fracaso del equipo nacional se hallaría en el abandono de la protección de la «Providencia» que España tenía durante el franquismo⁵⁵.

El partido decisivo en la fase de clasificación para el Mundial de Estados Unidos (1994) se jugó en Sevilla frente a la selección de Dinamarca. España necesitaba una victoria para acceder a la fase final y algunos medios de comunicación desenterraron el patriotismo más épico apelando a la furia española. Un patriotismo exacerbado en torno al equipo nacional, propio de los años de Matías Prats, que parecía enterrado por el paso de los años y el cambio político. Este clima nacionalista solo podía explicarse a tenor de la caída del imaginario de la modernidad en España provocada por la crisis económica derivada de los Juegos y la Expo de 1992. Montalbán no salía de su asombro ante la recuperación de un ambiente más propio de la posguerra:

«Cierras los ojos. Escuchas. Voces que parecen resucitadas de los posos de la memoria histórica... ¡Furia española!... Incluso, Furia Española, de la que ya no se hablaba desde que don Matías Prats Sr. se retiró, más o menos, del micrófono. Y luego si abrías los ojos antes, durante y después del mágico partido España-Dinamarca, el espectáculo de la españolidad sevillana cercando el estadio Sánchez Pizjuán para conseguir un lugar bajo la luna de las victorias patrióticas, parecía de NODO años cuarenta»⁵⁶.

⁵⁴ *Ibidem*.

⁵⁵ «Un campeonato divino» en *Interviú*, núm. 741, 23 de julio de 1990, p. 122.

⁵⁶ «España: pan y fútbol» en *Interviú*, núm. 918, 29 de noviembre de 1993, p. 112.

Si la composición del equipo nacional en el anterior Mundial dificultaba su identificación por falta de futbolistas catalanes, cuatro años después se volvían las tornas. El público madrileño no aceptaba como «española» una selección sin referentes del Real Madrid. La presencia mayoritaria de jugadores del País Vasco, muchos de ellos provenientes del «Barça», y de Cataluña levantó suspicacias entre los seguidores más españolistas. Estos aficionados veían en el combinado nacional el fruto de un pacto entre «polacos catalanes» y nacionalistas vascos. Pese a que simplemente se trataba de una elección determinada por la existencia de una gran camada de jugadores de la cantera vasca, tal y como hacía unos años había sucedido con «la quinta del Buitre».

De todas formas, el periodista barcelonés interpreta el recuento del número de jugadores procedentes de cada autonomía como un síntoma de la situación política vivida en el país. Además, muestra la contradicción existente en considerar a Michel, jugador del Real Madrid, más castellano que Cañizares y Caminero, jugadores del Celta de Vigo y del Atlético de Madrid respectivamente:

«En tiempos de menos suspicacias autonómicas nadie se fijaba en la proporción de vascos o catalanes o madrileños que había en el equipo nacional, aunque cualquier seleccionador sabía escuchar el requerimiento amable de que no desdeñara a los jugadores de don Santiago Bernabéu porque eran los más emblemáticos de España. (...) Los hinchas del Madrid consideran más castellano a Michel que a Caminero o Cañizares, porque al ser el jugador más emblemático del equipo más emblemático de los residuos de la España Una, Grande y Libre, les duele su ausencia. Sin Michel, la selección les sabe a cosa arreglada entre polacos catalanes y el PNV»⁵⁷.

La derrota de España frente a Italia en los cuartos de final, gracias a un gol de Roberto Baggio, no podía atribuirse a otra razón que el destino futbolístico de un país incapaz de superar esta ronda eliminatoria en un Mundial. Vázquez Montalbán recurre al sentido del humor para evitar sucumbir al pesimismo histórico que tanto daño ha hecho a la moral patriótica española. Insinúa la posibilidad de un pacto entre el diablo y el jugador italiano. Una influencia satánica que no solo justificaría su gol sino también todas las desgracias padecidas por la selección española⁵⁸.

⁵⁷ «La selección de las 'autonomías'» en *El País, Mundial 94*, 16 de junio de 1994, p. 14.

⁵⁸ «Baggio 2 – España 1» en *El Manifiesto*, 10 de julio de 1994, sin paginar.

6. El retorno del nacionalfútbolismo

El Mundial de Francia (1998) se disputaba en un momento complicado para la identificación patriótica del público a través del fútbol. La modificación del marco de contratación europeo, como consecuencia de la ley Bosman, ampliaba el número de extranjeros en los clubes españoles. Esta situación trasladaba a la selección española la responsabilidad de convertirse en el único escaparate donde los jugadores nacionales podían demostrar la solvencia del país⁵⁹.

Por primera vez desde el franquismo, el equipo español representaba algo más que una selección. Por eso, Vázquez Montalbán opina que el resultado obtenido en este campeonato marcará el porvenir del fútbol nacional. Si es positivo, asistiremos a un rearme patriótico. En caso contrario, a la reclamación de la recuperación del proteccionismo del mercado futbolístico nativo o simplemente a la aceptación de nuestro triste destino histórico⁶⁰.

Así pues, el partido de España frente a Bulgaria, decisivo para la continuación de la selección en el campeonato, se convirtió en un encuentro trascendental para el futuro del país. Si no se ganaba, el equipo nacional obtendría una de las peores clasificaciones en la historia de los mundiales y se perdería la única baza épica del patriotismo español. Asimismo, podría comportar una crisis de identidad similar a la provocada por la pérdida de las colonias en 1898 y acentuar los nacionalismos periféricos poniendo en peligro la unidad del Estado. Montalbán reclama a los jugadores, con cierta ironía, que tomen conciencia de su responsabilidad simbólica:

«Encarezco a los jugadores españoles que ante Bulgaria piensen que son algo más que un equipo de fútbol: son la representación simbólica de la poca cuota épica que nos queda dentro de la globalización. Diluidas nuestras hazañas bélicas en encomiables tareas asistenciales de la aldea global o en prestar infraestructura para que los norteamericanos bombardeen Irak o Libia, solo nos quedan fútbol y tenis para ser cabezas de serie de algo épico. Y si marcara Stoichkov y exhibiera la bandera independentista catalana, ¿daríamos la razón a Nietzsche cuando dijo que hay pueblos

⁵⁹ «Nada será igual después de París» en *Interviú*, núm. 1154, 8 de junio de 1998, p. 114.

⁶⁰ *Ibidem*.

que nacen para exportar jugadores y otros para importarlos? ¿Sabes qué me planteo? Cueste lo que cueste, se ha de conseguir. Que vuelvan el rey de España y las Cortes a Madrid»⁶¹.

La prematura eliminación de la selección española constituía, junto a la banda terrorista ETA, la única información de España que reproducían los medios de comunicación internacionales. Pasados veinticinco años de sus primeras estancias en el extranjero, el periodista barcelonés lamenta que el imaginario español en Europa continúe determinado por la violencia terrorista y la impotencia deportiva. Sin embargo, los desastres épicos del deporte, encabezados por el fracaso de la selección española de fútbol, no solo demostraban la incapacidad de trasladar al exterior una visión de España basada en otros referentes. A nivel interno, también se debilitaba la propia conciencia nacional del país⁶².

Las esperanzas patrióticas depositadas sobre la selección española de fútbol por parte de los medios de comunicación habían supuesto a lo largo de la historia una pesada carga para los jugadores y los seleccionadores nacionales. Después de quedar apeados en la primera fase del Mundial de Francia y de la pérdida del primer partido de clasificación para la Eurocopa en Chipre, José Antonio Camacho asumió el cargo de seleccionador. La trayectoria del equipo español resultó prácticamente inmaculada hasta la fase final de la competición. Pero la derrota en el primer partido frente a Noruega disparó, de nuevo, todas las alarmas.

Las críticas desproporcionadas por parte de la prensa ratificaban, una vez más, el pernicioso «nacionalfútbolismo», una expectativa desmedida que desemboca en una gran decepción. Pero los focos de la prensa no solo se situaron sobre el entrenador, sino también sobre el futbolista catalán Josep Guardiola, otro de los señalados como responsable del fracaso español. Afortunadamente, la actuación decisiva del jugador barcelonista en el siguiente partido impidió su consideración como «enemigo de España»⁶³. En el fondo, quizás la mejor solución consistía en aceptar el lugar que le correspondía al fútbol español en el panorama mundial:

⁶¹ «Oriamendi» en *El País*, 22 de junio de 1998, última página.

⁶² «Noticias de España» en *Interviú*, núm. 1158, 6 de julio de 1998, p. 110.

⁶³ «Nacionalfútbolisme» en *Avui*, 24 de junio de 2000, p. 17.

«Nunca hubo un tiempo pasado mejor, sino excepciones que confirmaron la regla de la escasa potencialidad de la selección nacional, que no es lo mismo que negar la calidad de los jugadores seleccionados»⁶⁴.

La recuperación del control político del país por parte de la derecha española supuso un cierto renacimiento del patriotismo nacional a través del fútbol. Tras ganar los tres partidos de la primera fase del Mundial de Corea y Japón (2002), la selección española despertó un entusiasmo desproporcionado entre los aficionados y los medios de comunicación. Los locutores tiñeron sus comentarios de un tono épico comparable al de Matías Prats.

Las televisiones privadas, encargadas de retransmitir los partidos, apelaron a la representatividad nacional para incrementar la audiencia de los partidos. El bajo nivel de las selecciones del grupo de España no impidió el resurgimiento de un patriotismo españolista enterrado desde el triunfo en la Copa de Europa disputada en el suelo patrio durante el franquismo. Vázquez Montalbán asocia esta recuperación del patriotismo futbolístico a la mayoría absoluta del Partido Popular:

«Observo un cierto renacimiento del tono épico imperial en las retransmisiones de los partidos de España, como si retornara parte del espíritu de aquellos tiempos en los que Matías Prats padre marcaba goles a Inglaterra con la relativa ayuda de Zarra y la victoria en la Copa de Europa de 1964 se consagraba en el altar de los 25 años de paz franquista. No tengo un sonido claro de esta operación retorno, pero sí ciertos ruidos, como si el espíritu patriótico hubiera vuelto entre nosotros, reflejo de mayorías naturales, o absolutas; es casi lo mismo»⁶⁵.

Por si acaso, de cara al partido de octavos de final, Montalbán recomienda, con cierta ironía, no subestimar a la selección irlandesa y recurrir a la magia, como las selecciones africanas, para contrarrestar sus virtudes. Cualquier prevención debe ser bienvenida a fin de impedir un nuevo desastre nacional. Después de superar a Irlanda en la tanda de penaltis, la participación de la selección española

⁶⁴ «¡Viva el fútbol sala!» en *Interviú*, núm. 1297, 5 de marzo de 2001, p. 114.

⁶⁵ «Domingo 16» en *El País*, 15 de junio de 2002, p. 73.

concluyó en los cuartos de final con una derrota frente a Corea del Sur en los lanzamientos desde los once metros.

Los medios españoles quisieron culpar del resultado al árbitro egipcio por anular un gol legal de España, un ejemplo más de su patriotismo desmedido. Vázquez Montalbán, superando las valoraciones supeditadas al pesimismo histórico, achacó la eliminación del equipo nacional a su escaso nivel futbolístico. Unas limitaciones escondidas hasta ese momento tras la debilidad de los adversarios. También agradeció un resultado imposible de ser utilizado políticamente. Al fin y al cabo, interpretar las derrotas españolas como el resultado de una confabulación internacional constituía una forma, por la vía negativa, de exaltación patriótica:

«El tratamiento dado por TVE a la eliminación de España en el Mundial, culpando al árbitro egipcio, demuestra el grado de politización al servicio del patriotismo español adquirido por la televisión pública»⁶⁶.

A la vista de estas circunstancias, Aznar cambió su proyecto identitario basado en el fútbol por otro basado en la religión. Otra de las razones que llevaron al presidente a modificar su propuesta inicial fueron los malos resultados de la selección española, incapaz de superar la histórica barrera de los cuartos de final en un Mundial. Si el combinado nacional no servía para manifestar la grandeza de España en el ámbito internacional, mejor delegar el patriotismo español en manos de un valor más seguro, tradicional y estable como el catolicismo:

«Observemos que desde la confirmación de que toda la épica esperable de los futbolistas que viven y trabajan en España se limita a la Copa de Europa de clubes y se haya confirmado la imposibilidad congénita de la selección nacional, en don José María se ha acentuado el nacionalcatolicismo»⁶⁷.

⁶⁶ «Mayoría natural» en *El País*, 29 de junio de 2002, p. 29.

⁶⁷ *La aznaridad. Por el imperio hacia Dios o por Dios hacia el imperio*, Barcelona: Mondadori, 2003, p. 162.

6. Conclusión

Como hemos visto, en la obra deportiva montalbaniana el fútbol aparece como una fuente de información que permite analizar la vida política española. Los dirigentes políticos han utilizado el fútbol como un «recurso épico» para aglutinar el país en torno a la selección nacional. En caso de victoria, se han apropiado de sus triunfos y los han presentado como conquistas políticas que demuestran la grandeza de un pueblo. En caso de derrota, se achacaba la responsabilidad del fracaso a la perfidia de un enemigo exterior.

Tanto el franquismo como los gobiernos democráticos se han servido de este deporte para fomentar un patriotismo basado en el «hecho diferencial español». También para desviar la atención respecto a los problemas sociales, canalizar las tensiones identitarias y exportar una imagen positiva del país en el extranjero. A principios del siglo XXI, durante su segunda legislatura, José María Aznar se apropió de nuevo de los éxitos futbolísticos. La selección nacional volvió a formar parte de un proyecto de reafirmación de la identidad española, tanto en el contexto internacional como respecto al pujante nacionalismo catalán.

Asimismo, los respectivos gobiernos, desde el control de los medios de comunicación públicos, difundían su versión de los hechos. En el caso del fútbol, durante décadas alimentaron unas expectativas desproporcionadas respecto a las posibilidades de sus jugadores. Una grandilocuencia que, habitualmente, acabó suscitando un sentimiento de decepción entre los aficionados. Para mantener vivo el interés, los medios construyeron un mito alrededor de los éxitos del pasado obviando la realidad del presente.

Vázquez Montalbán denuncia el papel ejercido por Radio Televisión Española en la consecución de estos objetivos políticos. Sobre todo, le imputa una excesiva predisposición a colaborar con el gobierno en el fomento de los principios ideológicos asociados al fútbol. Matías Prats personifica este periodismo de Estado al servicio de los intereses del gobierno. Sin embargo, las televisiones privadas también aprovecharon el sentimiento nacionalista de los aficionados para crear un clima emocional con la intención de incrementar la audiencia y los beneficios generados por las retransmisiones.

En la actualidad, la identidad nacional española vuelve a verse amenazada por el impulso del independentismo en Cataluña. La épica generada por los éxitos de la selección de fútbol, campeona del Mundo (2010) y de Europa dos veces consecutivas (2006 y 2014), no ha logrado consolidar el sentimiento patriótico en todo el Estado

ni tampoco proporcionó suficientes réditos políticos al gobierno socialista de Zapatero, derrotado en las elecciones de 2011.

Sin saber cuál será el desempeño de la selección en el Mundial, la compra de los derechos televisivos por parte de Mediaset seguramente garantiza el retorno del nacionalfutbolismo. La necesidad de captar audiencia para hacer rentable esta inversión puede justificar el fomento de un patriotismo español alrededor de «La Roja».

Jordi Osúa Quintana
Doctor en Ciències de l'Esport, INEFC Barcelona (UB)
josua@xtec.cat

[Article aprovat per a la seva publicació el febrero de 2018]